

Somos manantial

Raúl Sanz García



sin consentimiento

Colección de poesía



Esta obra se publica en formato digital bajo licencia creative commons. Se permite su uso y distribución libre siempre que sea de modo no comercial y bajo reconocimiento de su autoría.

© Raúl Sanz García, 2016

raul@raulsanz.es

rasangar@gmail.com

<https://raulsanz.es>

Ediciones Magaux, 2016

Madrid (España)

info@magaux.es

<http://www.magaux.es>

—Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed —respondió Jesús—, pero el que beba del agua que yo le daré, no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna.

(Juan 4.13, 14)

El secreto del tártaro

Mirad:

Estos pueblos están acostumbrados a que los devasten,
estiran sus tiendas sobre la llanura, hasta lo infinito,
y se tumban bajo el sol a esperar al tártaro.
¿Qué hacen en su postración?

*Escuchamos crecer la hierba,
crece en nuestro interior,
lluvia no le falta ni tierra fértil.
Somos Manantial.
De nosotros manan los dones
y la luz.*

Profecía

Sintió caérsele la sangre
y corrió a la cima para verse bien los regueros.
Llovió entonces en concierto con su sal
y se dijo: *¿Seré yo la roca abierta
por la que manas, Oh Señor?*
Así, ternura luminosa de anchos colores,
brotaron los cienos y entre ellos la semilla.
El profeta bajó a la tarde y sonrió.
Sacó de su boca la palabra,
compacta como un terrón de azúcar,
y la dejó en la plaza silenciosa.
*Y todos vieron Sabed.
Somos manantial.*

Sequía

Vino el mercader y vio
que ya nada quedaba en el mercado,
que las tiendas estaban vacías, que no había
jarrones, flautas, alfombras ni alhajas;
que ni siquiera había tiendas, sólo desierto.
'Todos decían: no nos importa, desconocemos la sed.
Pero el mercader aún la conocía, así que tomó un atajo
e hizo que cesara la lluvia interna,
y eso era sequía sobre lo ya seco.
Y como antaño el cultivo, se secaron los sueños,
que necesitan tanto de las sales de la tierra
como del manantial interior.
El mercader levantó de nuevo el mercado
y sobre él tendió fantasías que traía revestidas de zafiro,
sueños brillantes engarzados de rubíes,
quimeras infinitas envueltas en burbujas de plata
que flotaban en el aire como el humo de las pipas.
Y todos, desvelados, corrieron al mercado
para dejarse nuevamente la sangre.

Ephemeris

Sobre las montañas hoy romas se erigieron templos.
Allí danzaban y se abrían las carnes, y del vientre
se sacaban el aire de la palabra como forma esculpida.
Bajaban a los pueblos en las fiestas de año nuevo
y repartían esos dones que todos devoraban
como panes creados de la nada.
Disparaban flechas fantasmales que atravesaban
las corazas y los muros y hendían la carne
con un dolor que todos expresaban como cierto.
Aquella era su alquimia:
la palabra no dice el objeto, es el objeto,
un objeto diferente de lo nombrado.
El alquimista diestro sabía mezclar las vísceras
para sus pócimas de amor que, bien agarradas
a la lengua, envenenaban los cuerpos.
Su palabra mataba a distancia.
Bastaba que los viejos hablasen
para hacer fuego en el invierno.
Su palabra abrigaba en el vacío.

Pero esa palabra era una ley extraña a los dioses,
un sacrilegio para quienes decidían callar
y prestar su aliento a lamer lo tallado en las piedras.
Aquella lujuria debía ser castigada,
aquella soberbia de pretender el día cuando era la
noche,
de pretender la vida cuando era la muerte.

Así quedaron prendidos como moscas a la tela,
refunfuñando infinitamente lo incomprensible.
Todo se agostó en un día eterno
como una noche suspendida en la tormenta.
*Los dones manaban del delirio de transmutar lo diverso
en flor de todo,* así vieron que nada lo contenía,
y que sin tierra, sin noche, sin agua
los ojos se calcinaban
en el centro de la mirada.

Miedo

Nada queda que merezca nuestro temor,
todo lo indómito yace bajo las alfombras,
las estepas carecen de ventisca
y la ceniza se ha impuesto a los caminos.

Aún así,
es el miedo la ley,
ninguna otra. Nada hay
que desbroce las miradas,
los hogares yacen hundidos en ese
oscuro cimiento sobre el que arrojamos
las palabras. Clamamos al cielo
y pueblos enteros se desuellan
bajo el firmamento. Los bufones gritan:

¡Alegría!
¡Vestimos la piel del lobo!
No hemos ya de temerlo...

La sombra que veíamos en sueños,
aquella a la que dimos los primeros nombres
antes que a la luz,
aún circula en nuestra sangre.
Tenemos miedo de nosotros mismos
solamente
y sobre eso hemos erigido el Verbo.

Jauría

A cada palabra nos responde el eco sangriento
de los perseguidores,
amos sedientos de toda la tierra yerma.
No acaban nunca de llegar,
pero acechan siempre
y su aliento gris cubre las estepas
como un veneno invisible.

La tierra del sol

I

Hay un pueblo en el centro del mundo que
solo conoce el sol
y lo ama.
Sus bosques se desmenuzan como la
albahaca embrutecida
y especian el desierto. Dicen allí:

*Ya no cultivamos la tierra.
La tierra nada da, salvo polvo.
Somos manantial.
El sol seca en nosotros los frutos,
los aprieta en su mano de fuego
y los avienta en nuestras fauces.*

II

Prefiero este mundo devastado
donde hay tanta gente como puedo ver.
En el otro, la gente era tan numerosa
como los granos de arena,
sus desiertos no eran sino de gentes.
Allí, vivía en los bajos de una torre,
al lado del estruendo de los vientres.
La salud no me faltaba, todo era higiene,
el cuerpo se volvía loco y se hinchaba
de tanta limpieza.
En aquel lugar, jamás tuve cónyuge ni hijos,
no conocí dos veces a la misma persona
y los días eran todos lo mismo.
En ese mundo, los poetas gritaban:
¡Mirad todo lo que se puede hacer con las palabras!
Y nada hacían.
Yo me sentía tan desolado...
Pero aquí soy manantial. El sol se repite
y lo contemplo con los ojos abiertos y quemados.
Ya no hay dolor ni higiene,
somos el polvo que todo lo ocupa,
somos el espacio y somos el tiempo
corriendo en cauces anchos como el Todo.
Aquí, en este mundo silencioso, puedes abrir la boca
y si quieres pan, te entrará pan,
si quieres voz, te entrará voz,
si quieres muerte, ella te entrará
y cerrará la puerta tras de sí.

La palabra

I

El hijo del herrero fue el que entró en la cueva.
En la oscuridad, perdió el rastro
y una luz de más allá de la piedra le dijo:
Toma el martillo, la lira y el fuego;
sal al río y, en la noche más soleada, pronúnciame.
Quien se lo dijo mugía con las patas de hierba,
estaba manchado de sangre y sus astas
se enroscaban como la espiral del cielo.

II

Mirad la palabra:
Su plata es verde,
la recorren hongos,
la deforman y alteran.
Cuando se creó, quiso decir FORJA.
Tantos milenios después,
cuelga insípida de las lenguas;
abstracta y melosa,
gotea sin significarse
y en sus regueros parece decir
floja, fuera, fosa, farsa...
o cualquier otra cosa.

Construcción del Desierto

Lo que hace a un desierto es la repetición abusiva
de lo mismo.

La escasez es la abundancia obtusa del átomo.

El Desierto es refugio, destierro y palacio
a la vez en el Todo

y en cada mísera repetición.

El plano del desierto es ya el desierto.

Done

I

Dicen que si insistes en tus fantasías,
por la simple inercia del pensamiento
te manará lo deseado.
Mirad, nosotros hemos deseado amor
y aquí está, entre nuestras piernas.
Hemos deseado billetes
y aquí están, entre nuestras piernas.
Hemos deseado fama y honores
y aquí están, entre nuestra piernas.
Nos han manado de aquí, no de los cielos.
¿Para qué levantarse ya?
Mejor sería no tener piernas
y manar directamente desde la mutilación.

II

El deseo es siempre el mismo
y tan grande como el paisaje.
Si el paisaje es poco, los ojos,
concentrados en lo estrecho,
se desbordan con cualquier rayo de luna.
Pero pobres nuestros ojos
cuyo mundo es tan inmenso
que jamás serán capaces de abarcarlo.
Deambulan ante ellos todos los dones del universo,
pasan sin sudores, como vagos pensamientos
que se tienen en la inercia de mirar.
El deseo se pierde entre dunas interminables
y cada una es de una forma irrepetible,
mas todas lo mismo y distintas
de sí mismas cada vez.
Eso es el río,
la inasible presencia de lo eterno
resbalando por la corriente,
fluyendo hacia la única dirección
que nos es permitida y que es siempre,
y solamente, alejamiento.

Verbum

Hubo un hombre en cuya infancia se auguró
que su palabra prendería los templos.
Desde entonces, cesó de hablar,
sabía que, cumplido su don, moriría.
Así vivió cientos de años, soportando el dolor
y las nauseas de gritar.
Mas llegó un día en el que ya la boca
no le sostenía el silencio
y a la muerte dejó de temerla para desecharla.
Sigilosamente, se agachó a husmear
una traza de mundo indiferente.
Así postrado, desde los huesos, dijo:
Hubo aquí una flor...
Lo dijo como un viento después de muerto
y viajaron sus palabras a todo lugar.

Mas no le entendieron.
Déjate ser
fue la respuesta.
Las palabras son como pústulas
o como retales cosidos a una camisa inútil.

El hombre muerto no tendrá sepultura.
Él es santuario
Él es ofrenda
Él es un altar cosido de flores.

El libertador

...cuenta la leyenda que llegó un extranjero desnudo y extático, y cortó con el filo de su pecho las cadenas de aire que nos ataban a la tierra.

Nuestros padres lo miraron como se mira a un rayo de sol y permanecieron quietos, solazándose en su inmensa prisión.

Allí murieron y hemos continuado su esclavitud por amor a la patria.

El libertador merodea por los arrabales fértiles que rodean nuestro yermo.

Es un títere del destino cuyos hilos fueron cortados.

Deambula ciego y borracho lejos de nosotros, desconoce el camino a su hogar

y a veces quiere acercarse para hablarnos, pero ¿de qué podríamos hablar?

Él es todo exterior, su pasión la lleva uncida a la piel.

Nosotros somos manantial

y nuestra piel está cubierta por una finísima seda impermeable.

Obvio

I

El ojo se cierne sobre el ojo. Veo lo obvio.
De tus pétalos sé que quieres un hijo,
de tus rieles veo que troceas el verbo,
de tus goznes huelo que perfumas el mal.
Muelo los colores para el pan de tu cena.

Soy el ojo que veo

Soy el sabio

Soy el decidido.

Soy el martillo, la luna y el río.

Proyecto los campos con la mirada,
pájaro agrimensor y tridimensional,
buey celeste que eyacula el horizonte.
¿Por qué un desierto?
Podría poner trigos o campos de flores,
cubrir las hierbas de manadas de bóvidos
o de cauces traicioneros apestados de reptiles;
estirar un bosque como si esparciera confeti
o una urbe de cristales ascendentes.
Pero no, prefiero este mar de arena
porque es un cuerpo suntuoso tendido
en la totalidad
donde la mano tropieza siempre con la carne,
donde el deseo coincide con el hastío.

El ojo condena a la mirada.
Soy parásito del cerebro,
la pulga del aroma,
la aguja de las galaxias.

II

En todas partes es
el día lo mismo que la noche
el invierno lo mismo que el verano
el mar lo mismo que la tierra
el cielo lo mismo que el infierno.

La carne, lo mismo que la arena,
se pierde entre los dedos,
sólo mirándola es el cuerpo.
Mas los ojos son una devastación inútil,
no se bastan sin la ceguera de la mano,
deambulan sin ella como hambrientos
sobre la ceniza. Así es como el ojo
se cierne sobre la sombra
cuando la vida es lo mismo que la muerte.

Redentor

Condenados a repetir los mismos salmos
 oscuros
delirios de hombres remotos.
Su hambre, no la nuestra.
Su lengua, gruta de la nuestra.
Sus muertos...

Vengo a partiros el rostro,
miserables pastores.
De mi espada caerá el verso
roto, esparcido por vuestro desierto,
indiferente entre la arena
como una arena más.

Guardaos vuestra sórdida interioridad,
esa legumbre seca convertida en fastos,
pasto de las dunas,
coméosla, como en vuestros rituales,
 hasta el último pedazo.
 No queremos
ningún cadáver flotando en nuestras fuentes.

Mirad vuestra obra:
Desengañaos, no perdura, nada lo hace.
Vuestros cálices son las manos de un sediento.

Mirad las cuencas vacías en el paisaje,
la gula de vuestras almas
es la castidad que lo ha devastado.
Dejadme, mulas fariseas, que le de
nueva fertilidad a la yerma planicie
de vuestros salmos.
Mi semen es ácido para vuestras lenguas.
Mi palabra, un nuevo sol.

La muerte del bardo

I

El día antes, el bardo escribió:

Tienes el cuerpo velludo (eso no lo dicen las odas),
huesos como un oso y te restriegas contra las
cortezas.

Si así te alzas, hembra, yo podría penetrarte
como cualquier otro macho.

¿Para qué cantarte entonces?

¿Para qué entonar mis sudores

y mis años pasados entre sábanas inútiles
si cualquiera, de un soplo, puede derribarte?

Descalzo vengo, con los pies sucios,
y esparzo por tu vestíbulo mi indiferencia;
la simiente la río tras una copa de vino,
vulgar como el soldado que te ata las manos
y recorre el mundo asesinándote.

Han muerto los árboles, ausentes de rayo,
ya nada se erige, todo se alza en derrumbe
como piel enferma desmenuzándose
en un exceso de caricias...

II

El bardo cantaba una historia de amor
hecha de corteza de roble y piel de oso.
Lo mataron con flechas de hueso untadas de miel.
Se las clavaron empuñándolas,
habían perdido la ciencia de la distancia.

Reflexión

El hastío, o el azar, zanjó los cielos
e hizo lluvia del sudor último de los dioses.
Quienes estaban bajo ella no recordaban,
pensaron que se trataba de algún llanto atroz,
en su olvido, cualquier cosa era posible,
habían retrocedido al tiempo del cansancio
en el que todas las horas son la hora del despertar,
en el que los sueños se desbaratan
como espejismos susurrantes que se funden
contra el día, y aún no están los ojos,
la boca flota como la del pez
y los pasos se coagulan contra el suelo.

La lluvia fue como si arrojasen
un puñado de ceniza brillante
que floreció como una palma de plata
danzando sobre una oquedad.
Quienes se acercaron vieron,
durante un instante, su propio reflejo,
no era nítido, sino un sucio propósito de luz,
pero bastó para que los ojos doliesen
y muriese el niño.
El hombre sintió su barba famélica estancada
sobre el hueso.
Podía comprender, pues le rebrotó el don,
mas no comprendía, estaba vacío,
todo su ser era el vómito de siglos.

Cómo puede haber alguien dentro de la piedra.

Qué mundo hay más allá.

Movía las manos ante la espantosa mimesis
de su ególatra,

hablaba y la voz era exacta en todo.

Entonces, lloró sobre el charco y una gota
le golpeó la mejilla. Precioso instante.

El sol secó el mundo.

Aquel que se vio recuerda, ya no es un niño,
quiere llorar por lo que fue,

quiere ver la lágrima caer en su respiración,

quiere verse en ella deformado en la absoluta esfera,

quiere ver al que lo amó y le habló

con las palabras de la vida.

Pero ahora, todo cae...

Ni siquiera puede llorar por ello.

Onironautas

I

Habítamos el bosque hasta que nuestros cestos
estuvieron llenos. Pero aún dijeron: MÁS.
Agotamos los frutos hasta que desbordaron
los cestos. Y aún dijeron: MÁS.
Arrancamos los árboles y con ellos todo ser
que allí habitase.
Nuestros cestos rebosaban inútilmente hacia la nada,
los frutos de abajo podridos, los de afuera
desperdiciados.
Entonces dijeron: YA.
Nos echamos a dormir.

II

No se necesita lo imposible. Nuestros vientres
viven de adentro, son silenciosos como anguilas.
Mirad la física, carece de alimento,
le crecen garras inertes, desechables y fósiles,
todo allí cesa, se nutre y revienta.
Nos es indiferente que el buitre nos confunda
y se acerque a nosotros para saciarse,
nada sentimos; él cesará en su misma hambre,
pero nosotros vivimos sin cuerpo,
sin tiempo y sin muerte posible.

Aquí, en la fábula del loco atávico, hemos cobrado
consciencia. Todo lo vemos en la caverna,
las sombras son la verdad y nuestros ojos su sol,
les damos la forma de nuestro deseo
y en él retozamos sin necesidad de musculatura.
Tan saciadas están nuestras cestas
que nada queda afuera que podamos necesitar.
Al fin terminó aquella locura en la que parecía
que íbamos a estallar.
Mas ahora, en esta noche, en este silencio,
tenemos todas las pieles, todos los rostros,
todos los cuerpos...
Somos pintores de imaginación infinita,
ningún paisaje puede pesar tanto como nuestro
aliento.
Unos pocos árboles son la semilla de esta cosecha.

III

El soñador soy el ejemplo de lo indeterminado
o de lo múltiple. Nada por encima de nada,
todo a la vez.

Aquí mi cuerpo vivo, atado y lineal.

Allá, ondulo como la corriente.

No me crees cuando te digo que la física en los sueños
es la misma, pero díselo a la despiadada muerte que
un día

recogerá tus certezas y se hará un collar de huesos.

En el sueño, degüello a la palabra, copulo
contra la acidez de la arena y nacen de mi vientre
átomos tan reales como los del lecho.

Mas el lecho es blando y no resiste,
se hunde en las dunas, me entierra en vida
porque le puede la inercia de la fe,
que es una lengua sangrante clavada a un madero,
y me hace tigre colgado de sus fauces sobre el vacío
a la espera de que la ley cumpla su tarea.

En los sueños, sin embargo, la ley trabaja para mí.

Yo le digo: *¡Devore mi tigre el mundo!*

y allá se alzan hongos nucleares sobre la tierra,
pesadillas cuánticas sobre los vientres.

Adentro amo a todos los seres y con todos yazgo
como una bruja untada de mermelada
que disfruta de la vida.

El jerarca

Una tarde pesada,
alguien se levantó del sueño de todos,
alzó las manos y exclamó:
¡Escuchadme!
He recordado, el sueño me ha dado el Don:
¡Yo soy el jerarca!
Otro más viejo despertó, por vez primera en cones,
y le preguntó:
Dinos tú, que con esa palabra desconocida te quieres
 nombrar,
quién eres y cuál es el nombre de tu padre.
El jerarca no supo qué responder.
El viejo se le acercó y con una caricia
le estranguló la palabra, la ingle, los ojos, las manos...
Ya sé...
Yo conocí a tu padre, pobre infeliz engendrado por el
 último,
él se alzó como tú y nos dijo que nos concedería el Don:
Sed todos como yo, sed todos el jerarca.
Desde entonces, dormimos y ya no somos hombres,
ya no aramos la tierra ni matamos el cerdo,
ya no cantamos, nuestros vientres son estériles...
Desde entonces, somos manantial.
Vuelve, pues, al lecho.

El pueblo del águila

En el principio no fue el verbo, sino el Águila.
Consumidos por el sueño, hallábamos la sombra
entre sus alas y así la adorábamos,
como si ella fuera el mundo.
Mas ese despertar terminó sus temblores un día
cuando el sol devoraba la simiente y vimos venir
a lo lejos a las huestes reptantes del enemigo.
Entonces, uno de entre nosotros se alzó
con el rostro del Águila y la piel de su envergadura,
y bajo su garra pereció el invasor y ganamos la tierra.
Así fue como el Águila y el Héroe engendraron al
Híbrido.

Adorábamos al Híbrido. Él nos gobernaba
y nos hablaba en imágenes proyectadas sobre piedra.
Fue así hasta que de nuevo el enemigo
se asomó por las lomas, pero esta vez vino alegre
y sigiloso. Ya entre nosotros, nos lavó los pies
con ácido en nuestros propios vestíbulos.
Entonces, uno de entre nosotros se alzó
con la máscara del híbrido y sus brazos tatuados a la
espalda
y de un hachazo devoró al enemigo.
Así fue como el Híbrido y el Caníbal engendraron al
Jerarca;
desde entonces, este nos gobierna
y nos habla con escritura de silencios.

El enemigo no ha vuelto
pues vive entre nosotros,
y los más sabios, y viejos, saben
que el dios inane y ciego que está clavado en los
altares
no es más que un muñeco, una máscara
que esconde en lo más hondo
al Águila, cuyo nombre está en el olvido.

El ciego

Mis versos son sólo para contentaros,
para que veáis a través de lo que yo veo.
Mis tropiezos los torno en piruetas
y ando sin bastón para ser más bello.
Voy sin rumbo sobre la arena
y el rastro que dejo es la escritura
de los versos que leen los cielos.

Cárcel

Lo de dentro es cárcel.
Lo de fuera es cárcel.
Ya no me despierta el gallo
con su canto de metal.
Deambulo por mi superficie
condenado a permanecer
fuera del presidio.

La Saez

El yugo racional de nuestros papeles,
la Saez soy de la pierna asada.
A mi fiesta nadie está invitado pero todos vienen,
es un pozo en medio de su camino.
Allí caen los cuerpos, apilados por la ley de la caída,
atorados como los mozos a la entrada del coso.
¡Esa es la fiesta!
Y los diletantes se preguntan:
¿Qué hay entre los cuerpos?
Lo que hay entre los cuerpos es más cuerpos.
Aquí ya no cabéis, pues el placer es tal que se han
fundido.
¡Soy la Saez! El gozo máximo e irreversible.
El alimento es más que ya no el hambre, sino incluso
el cuerpo.
Carne entre la carne.
Mi fiesta está en todos los solsticios, ahora que el año
ya no pasa, que se han secado los campos
y el sol se desliza a la misma distancia todo el tiempo.
La fiesta es siempre, la Saez
que fluyo en todos los cauces y lleno todos los mares.
¡Yo hidrato tu cuerpo seco, Gaya Estúpida!

El pozo

A los recién nacidos, los sumergen en un pozo
y en húmeda oscuridad les cantan
y les tocan campanas que repican
como fantasmas de piedra en piedra.
Después de varios días, los sacan ciegos y arrugados,
sus fauces se han derretido
y sus genitales convertido en muñones inservibles.
Saben los sacerdotes que esos niños serán
ya de ese modo para siempre y que llevarán
el desperdicio tatuado en las costillas,
no les hacen más que lo que a ellos les hicieron.
Mas uno tuvo que ser el primero.
Uno tendrá que ser el último.

Consumación

Una mañana, llorando,
el mago se arrancó el nombre,
partió en dos su bastón, el último,
y arrojó los pedazos al infierno.
Le goteaba aún de los labios el sudor,
la túnica le corría por las sienes
y su cuerpo, cual arista en sardónica histeria,
se revolcaba en la liberación.
Mas no era aquello, muertos los sueños,
lo que buscaba. Sólo me queda esta pudriéndose aura
como último rastro de nigromancia.
¡La palabra está hecha de células muertas!
¡Acabad!
Exhaló su último llanto
y arrojó los restos al abismo.
¡Traed aquí los ácidos!
El Oro y las tripas me los comeré crudos.
Así aprendió a paladear el sufrimiento.
Lo tragaba impávido y vicioso, como un enfermo
que ha perdido la noción de su placer.
Cerró sus dones. Ya no soy manantial.
Y el suplicio le manaba adentro,
lo tragaba
y saboreaba.
Desnudo ante las tormentas de arena
agarra los hierros candentes, los muerde
y no aparta la vista...

Tiempo

La sibila me ha permitido ver
en la negra superficie del pozo
qué futuro hollara los caminos
de nuestro esfuerzo
y vi por ellos venir a los bueyes
hinchados de golosinas,
tronchadas sus patas por el peso del oro,
y tras ellos venían hombres jadeantes
que no portaban nada,
sus miradas desorbitadas por el placer
ignoraban el desierto que los rodeaba.
De vez en cuando, alguno caía
y allí quedaba, masturbándose en el polvo
hasta morir.

¡Oh tristes visiones que mis lágrimas rompieron!
Desde entonces me sueño infectado
por sus burdos placeres, ditirámico y hueco,
consumido por la risa insensata
hasta que el jardín se seca y desintegra
y los caminos perecen en el todo.

Novum

I

No tenemos padres,
quienes han existido antes
eran lo inmediato embrutecido.
A nosotros nos ha engendrado la ceniza
y no le debemos obediencia a ninguna guerra
ni a ninguna ley.
Hay en nuestro pecho un coraje
que apesta a infinito y desprecia lo escrito.
Incluso la lengua habrá de ser toda muerta,
como los mares.
¡Ved!
Manos, ojos, piel, cabellos...
Somos nuevos, otra cosa que la vida,
otra cosa que especie, otra cosa que dioses.
Caminamos desnudos y eso es abrigo.
¡No nos es posible la desnudez!
Somos manantial
y allá donde vosotros veis en la noche
un vacío descomunal de ínfima urdimbre,
nosotros vemos el alimento atravesándonos.

II

A esa mujer andrajosa la desconocemos.
Se arrastra hacia nosotros y nos llama hijos.
¡Apártate bestia!
No nos parió una virgen ni una puta.
A Dios lo hemos devorado y su reino
ya no es un pestilente éter que vaga
en el sin-nombre,
ahora circula en nosotros.
Somos manantial.

Decían: *De la nada, nada se crea.*
Pero mirad: hemos surgido de la nada.
Si a lo eterno nada lo ha creado, ahí tenéis la prueba;
si no tiene origen ni principio, es que es hijo de la
nada.
De su seno las bastas criaturas,
apaleadas por los caminos, nacen entre sangre
y vísceras unas de otras.
¿Qué nos importan a nosotros todos los crucificados
o los gaseados, los mendigos
o los niños despedazados por bombas?
¿Qué nos importan esas insignificantes existencias
que han surcado el mar
como los manotazos de un pirata borracho?
No tenemos que pagar por nadie,
ni siquiera tenemos monedas,
eso es una miseria vuestra.

¡Tomad todo el oro y reventad!
¡Tomad las oraciones y reventad!
Tomad toda la sangre y saciaos
en vuestra propia cloaca del desespero
de todas las absurdas víctimas de la historia.
A nosotros nada nos dan y nada nos quitan,
panal extinto, olvido...
Viviremos por siempre en la materia,
haremos de nuestra carne una medusa
gelatinosa e indestructible.
¡No nos llaméis humanidad!
Ved, en este haz de luces y en esta matemática precisa
está nuestra eternidad. Lo humano no está aquí ya,
se perdió en las zanjas del bien y el mal,
en los caminos espinosos de la virtud.
Nuestra alma es de metal, otra cosa que espíritu,
otra cosa que salud,
otra cosa...

Tratado de poesía absoluta

El amasijo se hace de grafismos.
Los grafismos horadan el aire o la tierra,
mas nunca el fuego o el agua.
Los grafismos esconden el fuego o el agua,
mas nunca el aire o la tierra.
El poeta, con el martillo de sus manos,
sobre la fragua de su pecho,
golpeará el amasijo hasta que los legos digan:
Eso es una forma que admite alimento,
un cuenco, una tinaja, un cáliz...

El agujero

El pueblo se adentró tan remotamente en la llanura
que halló el agujero. Lo encontraron los niños,
que corren siempre hacia lo incierto.
El agujero era una hondez negra y redonda
de perfección dolorosa y vacíos ojos.
Los primeros dijeron: *¡No puede haber esta carencia!*,
y comenzaron a tirarle piedras y luego arena;
querían herirlo o rellenarlo,
pero el agujero todo lo tragaba con hambre infinita.

Quizás no baste con piedras, pensaron,
y le arrojaron vida, y luego ellos mismos
se fueron lanzando al agujero como dados en
ofrenda.

Y en su caída, el desesperado gemía:

¡Maldita negrura en medio del mundo!

¡Nada perfecta en medio del desierto!

Y así supo, iluminado por la oscuridad,
que sólo la nada es perfecta, que siempre lo es.

Cerró su rostro.

Si quisiera yo saciarte, necesitaría

la exacta materia del universo entero.

Otros, excitados por el silencio de aquel,
Juntaron sus manos y, palmo a palmo, midieron el
agujero.

*Ya de nada vale alimentarlo, pues sabemos que crece
siempre su áureo y misterioso diámetro.*

Ese número se lo tatuaron en la frente
y sólo comían el arroz en esa cantidad.

Miraban hacia el agujero con los ojos cerrados
y a nadie dejaban acercarse.

Es posible conocer la ausencia por lo que resta al mundo...

El vacío se convirtió en su deudor,
lo recaudaban e invertían,
hasta que enloquecieron de mirarlo. Tanto lo
adoraban

que lo rodearon de espinos y el agujero sangró
por las heridas de su frente.

Todos se postraron como si sangraran ellos mismos,
pero su sangre venía también de la nada
y cuando les cayó a los labios,
notaron que no tenía sabor.

La hambruna se extendió por la llanura.

Las gentes deambulaban sin rumbo,
si se topaban con el agujero, caían dentro sin más.
Siguiendo el ejemplo del agujero
que los había vencido, dijeron que todo era nada,
como aquel ojo devastador...

Exvotos

Depositamos en el altar las manos vacías.

Y dice la plegaria:

Tomad, dioses, todo lo que de nosotros es.

Tomad los cueros y las correas.

Tomad las cabalgaduras y las hembras.

Tomad los néctares y la música.

Tomad las caries y lo hediondo.

Tomad el vello y las uñas.

Tomad la sed y la palabra.

Tomad la piel plegada en 77 dobleces.

Tomadlo todo y dejadnos en paz.

El taxidermista

De la salud se ocupa el taxidermista.
Él no cura, no es necesario, ya no hay males.
Él magnifica, lo ya vivo lo amplía a constancia.
Se ocupa primero de nuestra lengua,
hasta que dejamos de hablar y sólo mostramos
espasmos congelados como aves suspendidas en la
caza.
Luego se ocupa de nuestros ojos,
los draga con pinzas doradas y los colma de ceniza.
Y por último se ocupa de nuestro sexo;
a las hembras las tapia con cemento,
a los machos los rellena de arena del desierto
y quedan erectos e inútiles
como los ídolos cómicos de un teatro antiguo.

El sepulturero

Gano un poco de dinero enterrando
a los que mueren
aquí y allá.
Es difícil distinguir
a los vivos de los muertos,
ambos yacen
y no sé
hasta que el olor no es ya insoportable,
tanto que hasta llega a molestar a los vivos...
por eso me pagan, para que nada moleste
a los vivos y puedan morir en paz.
¿Quién me da el jornal? Nadie,
les saco las monedas del bolsillo
a unos y a otros.
Nadie aquí estira un brazo,
solo yo voy de un sitio a otro
entre los cuerpos desnudos.

Enseñanza

No tengo miedo a morir en mitad del camino
en un claro al atardecer entre el canto de los pájaros
y el rumor del arroyo que alimenta los árboles.
Pero a veces despierto y me hallo solo y desnudo
en ninguna parte. No hay agua en el cauce
y es entonces cuando sobreviene la sed.

El viejo maestro (el más grande que ha existido)
nos enseñaba a dejar de pensar. *Solo eso.*

Sabez

Ahora que soy viejo, mi sufrimiento es sereno,
lo vivo en paz.

Nos adherimos al deseo para repetirlo
cosmogónicamente,
así se hace una rutina del dolor.

El vicio
el placer
todo eso se pierde en el fango.

En mis años de asceta me pregunté por qué sufría.

Mírate, me decía reflejándome en la piedra,
no hablas y apenas comes,
te has alejado de todo mirando la maleza
por la que te alejabas para olvidarlo.

Aún así, vacío y desnudo, sufres, ¿por qué?

Sufres como el joven sulfurado,
como el obseso

y como el padre.

O sufres de no sufrir y arrastras el arpón
de la redención y la renuncia.

¿Qué es?

¿La muerte?

Lo único que le reprochamos a la muerte
es que sea tan grosera que nos deje
en mitad del alimento y nos tire el plato
a las rodillas.

¿El amor que hace imitaciones de la muerte
como un niño inconsciente?

Quizás. Lo he tenido en el río,
en el cauce que bajaba del molino,
y allá me atravesaron sus aspas
e hicieron de mí el pan.

¿O la soledad?

El camino roto del que va al encuentro del absoluto
no olvida,
coloca las esquirlas de sus músculos caídos
y compone danzas atrofiadas
ante los ojos.

Pero sabed:

Renunciar a todo es permitírtelo todo;
por eso a los ascetas nos acuchilla el exceso,
de todo estamos servidos en demasía,
todas las tierras las pisamos con cansancio
y cerramos fuertemente los ojos hastiados del mundo
para ver algo adentro,
para encontrar la fuente
que rompa la negrura
y nos devuelva a una infancia de olvido
donde todo esté nuevamente pendiente.

Noche

Despertarse en mitad de la noche
desvelados por una amenaza
y correr con el cuerpo aún recogido
contra el sueño, como si el acecho
que presentimos fuera una sombra
transversal entre dos mundos.

Ese modo de vida itinerante,
cuyos refugios eran la intemperie,
talló en nuestros cuerpos los hilos
del silencio. Cuando el aullido
nos rompe, aún podemos sentirnos
volar, rotas las barreras, perdidos
los dones, volar en busca de
respuestas como anfibios
del aire y el fuego.

Lluvia

La naturaleza última de las palabras
es ser como la lluvia
voz que riega

La llamada

Nacemos llorando,
no dispuestos a correr como gacelas.
Nacemos en la palabra antes de la palabra,
en la llamada a los cielos.
En la primera luz, todo son dioses,
y en la noche descubrimos la soledad,
el vacío primordial de las estrellas, su silencio
implacable.

Aprendimos el habla como un consuelo
ante esa inmensidad que nos ahondaba el grito,
que nos lo extirpaba de la punta del dedo
y nos los ceñía a las venas como una faja de las
entrañas.

Desde siempre, hemos tenido la llamada
como una carne más del cuerpo,
y si nos la quitaban, nos mutilaban.
Lo llamamos espíritu, o alma, mano invisible
salida de la espalda que desbroza la exuberancia
espinosa

de lo que es indiferente a nosotros;
araña los campos para que podamos transitarlos
y escribe, con la pluma de su sangre,
los relatos de nuestros despertares.
Resucitábamos siempre al encuentro del águila
de alas de fuego que se levanta eterna y altiva
sobre nuestra miseria mortal.

Hasta que supimos que era un sueño.
Y aún así, no dejábamos de llamarla

como cuando éramos criaturas inservibles.
Madre, danos el pecho. ¿Eres tú el cielo, eres la tierra?
Has de ser aquello de lo que crece lo que no comprendemos.
Te llamamos y vienes siempre en el ciclo de las lunas,
traes el río pleno y sacias nuestra sed.

En el fondo, siempre ha estado la llamada.
Los primeros sabios dijeron:
el agua, el aire, el fuego o la tierra.

¡No! La llamada.

El espíritu es la llamada
la palabra es la llamada
la materia es la llamada.

Nuestros ojos son la llamada,
dispuestos a ver en cualquier mota del mundo
otros ojos, un rostro, el rostro del Padre.
Subíamos a las montañas, prendíamos fuego
y desde allí gritábamos: *¡Padre! ¿Estás ahí?*
En cualquier lluvia o viento veíamos su respuesta,
en cualquier forma de las piedras, en las estrellas,
en los mares, en las llamas. En todo creíamos verlo.
A cualquier caos le poníamos geometría,
esa fue la arquitectura del mundo.
Y cuando ya el mundo estaba muerto,
asfixiado y saturado del color de nuestras señales,
aún le llamábamos.
Sabíamos ya que no nos hablaba en sueños,
que no eran sus augurios los vientos ni las olas.

Lo llamamos ciencia, pero no, es la llamada.
Increpamos a los cielos desde nuestra atalaya de
cristales.

¿Qué esperamos encontrar sino a los dioses,
al búho cósmico que nos alivie?

*Tranquilos, hijos, yo habitó tras los átomos,
mi cuello gira en 360 grados para verlo todo,
mis ojos no pestañean.*

Otra baratija, ni siquiera el águila,
sino un miserable búho
con el que conformarnos...

inmensamente

Índice de poemas

El secreto del tártaro	9
Profecía.....	10
Sequía.....	11
Ephemeris	12
Miedo	14
Jauría.....	15
La tierra del sol.....	16
La palabra	18
Construcción del Desierto.....	19
Dones.....	20
Verbum	22
El libertador	23
Obvio	24
Redentor	26
La muerte del bardo.....	28
Reflexión.....	30
Onironautas	32
El jerarca.....	35

El pueblo del águila.....	36
El ciego.....	38
Cárcel	39
La Saez	40
El pozo	41
Consumación	42
Tiempo.....	43
Novum.....	44
Tratado de poesía absoluta	47
El agujero	48
Exvotos.....	50
El taxidermista.....	51
El sepulturero	52
Enseñanza	53
Sabez	54
Noche.....	56
Lluvia.....	57
La llamada	58

